



## LA CRUZ DEL ATRIO.

A D. José Gamboa Guzmán.

### I.

Tranquila Mérida duerme  
en las sombras, recatada,  
de una noche de Febrero,  
oscura, lluviosa y larga.  
En la naciente Colonia  
que orgullosa se levanta  
donde antes se irguiera altiva  
la gran ciudad de los mayas,  
todo es quietud y silencio,  
no turba el reposo nada.  
Duerme el noble encomendero  
en suave y lujosa cama,  
soñando en sus encomiendas  
y en, rico, volver á España;  
duerme la virgen criolla  
con la dueña que la guarda,  
y duermen también los indios  
en sus viviendas lejanas.  
Parece un gran cementerio

lleno de paz y de calma  
la Mérida leal y noble  
que los Montejo fundaran.

II.

Allá, en frente de la iglesia  
que de Jesús es llamada,  
y que aun hoy, mudo testigo  
de crímenes y de hazañas,  
de glorias y de bajezas  
sus viejos muros levanta,  
hubo un caserón sombrío  
que, sobre su altiva entrada,  
como blasón de nobleza  
mostraba un escudo de armas.  
En esa casa vivía  
desde que vino de España  
el adusto encomendero  
D. Diego López de Almanza,  
hidalgo de rica cuna,  
que mandó muchas mesnadas  
en Roma, en Milán, en Flandes,  
en Florencia y Alemania.  
D. Diego vino tan sólo  
con su esposa Doña Blanca . . .  
Él, hidalgo, noble y rico,  
pero la cabeza cana;  
¡ella hermosa y aún sintiendo  
la primavera en el alma!

Siempre dichosos vivieron  
D. Diego y su Doña Blanca.  
Pere ¡ah! desde cierto día

que llegó en una fragata  
un guapo doncel, alférez  
del ejército de España;  
desde que el joven soldado  
pisó yucatecas playas,  
y en Mérida algunos días  
y en Valladolid semanas,  
estuvo con los lanceros  
de la tropa que mandaba,  
sucedió ¡extraño accidente!  
¡casualidad harto rara!  
que D. Diego está intranquilo,  
se vuelve su faz huraña,  
y pasa noches y días  
sin abandonar su casa,  
y, como flor en capullo  
que azota con furia insana  
el vendabal, poco á poco  
palidece Doña Blanca!

III.

Las sombras todo lo envuelven  
con su fúnebre mortaja;  
se extienden por el espacio  
inmensas nubes opacas  
que los relámpagos surcan  
fingiendo sierpes de plata,  
y anuncia el rugir del trueno  
quo se acerca la borrasca.  
Es media noche, A tal punto  
de la sombría morada  
de D. Diego López se abre  
la puerta, y cual un fantasma  
un embozado, en silencio,

fuera del portal se lanza  
y desaparece en las sombras  
del atrio, que enfrente se halla.  
Un momento se detiene,  
y con inquieta mirada  
busca un rincón y se oculta  
entre las frondosas ramas  
que nacen, junto á la iglesia,  
de un grupo de "limonarias."

—  
¿Qué busca á esa hora D. Diego  
por la calle? ¿A quién aguarda?  
¡Sabe Dios! . . .

En las profundas  
tinieblas la vista clava,  
como el tigre, cuando acecha  
la presa para sus garras,  
y tiembla su recia mano  
en el puño de la espada!  
. . . Pavor no le infunde el trueno  
ni la tempestad le espanta,  
que tormentas más horribles  
siente rugir en el alma,  
y en el seguro escondite  
como una fiera en su jaula,  
alerta mirando siempre  
D. Diego López aguarda.

—  
Las agoreras lechuzas  
en el campanario graznan . . .  
Caminando poco á poco  
cual si de alguien recelara,  
un hombre con gran cautela

entre las sombras avanza . . .  
Al verle D. Diego, siente  
que de ira su pecho estalla,  
y coléricos fulguran  
sus ojos como dos llamas!  
Su férrea mano se crispa  
en el puño de la espada . . .  
mas se contiene, y al punto  
como antes, mira y aguarda.  
Cuando llega el embozado  
junto á la última ventana  
de la que habita D. Diego,  
antigua y noble morada,  
se ve salir á la reja  
un rostro, que es de una dama,  
y el viento trajo al oído  
de López, estas palabras:  
—“¡Es imposible, Luis, vete;  
vete, vete, Luis del alma,  
que teñir juró D. Diego  
con sangre tuya su daga!”—  
—“¡Vive Cristo! ¿Y qué me importa  
que jure D. Diego, Blanca,  
si llevo sangre en las venas  
y al cinto llevo una espada!  
Aquí estaré como siempre  
en tanto despunte el alba!”  
—“No es posible, Núñez, vete,  
por la virgen sacrosanta!  
Escucha . . . no sé que siento  
que me hace creer que me engaña  
D. Diego, y que aquesta noche  
no se ausentó . . . Cuando hablaba  
antes de salir, sus ojos  
tenían una luz extraña,

como el fuego de una hoguera,  
como el filo de una espada,  
que penetró hasta mis huesos  
y hasta el fondo de mi alma! . . .  
D. Diego, Luis, no ha partido,  
y te tiende una emboscada!  
¡Vete, vete, no pretendas  
perder tu vida y mi fama!  
¡Vete, Núñez, tengo miedo! . . .  
¿Oyes? ¡la lechuza grazna! . . .  
Y si mañana no partes  
y quieres verme mañana,  
al pie de la Cruz del atrio  
espérame cuando salga!"  
Cerróse al punto el postigo  
y dentro quedó la dama.  
Entonces el embozado  
calóse mejor su capa,  
y se alejó, muy de prisa  
en dirección á la plaza;  
mas no solo, que á lo lejos,  
cual silencioso fantasma,  
siguióle una sombra y era  
D. Diego López de Almanza.

IV.

La lluvia arrecia y con furia  
sopla cortante la racha,  
ahogando el débil ruído  
que producen las pisadas  
de dos hombres que caminan,  
dando el uno al otro caza . . .  
De Catedral ya la acera  
el que va primero gana

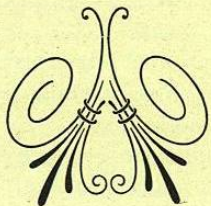
y al llegar ante la Cruz,  
hecha de piedra labrada,  
que en una esquina del atrio  
alzó la piedad cristiana,  
se vuelve, como que escucha  
que alguien viene á sus espaldas . . .  
siente una mano en el cuello  
que le oprime y le atenaza,  
y oye una voz que retumba  
entre aullido y carcajada:  
"Aquí, ¿no es verdad? te dijo,  
villano, que la esperarás!"  
. . . En tanto, brilla un acero  
de hoja limpia y toledana,  
se oye un ¡ay! sordo y horrible  
y un suspiro . . . después, nada . . .  
. . . . .

Arriba, en las altas torres,  
del viento silba la racha;  
las agoreras lechuzas  
en el campanario graznan,  
y hosco el semblante y altivo,  
envueito en su negra capa,  
penetra con paso firme  
por el portal de su casa,  
el adusto encomendero  
Don Diego López de Almanza.

V.

Cuentan crónicas añejas,  
que cuando despuntó el alba

del día siguiente, sus rayos  
dos escenas alumbraban:  
un hombre bañado en sangre  
junto á una Cruz y una daga,  
y un enlutado cortejo  
que triste se encaminaba  
al cementerio, llevando  
el cuerpo de Doña Blanca . . .



## NACHI-COCOM.

Al Dr. D. Luis F. Urcelay.

¡Vengo á cantarte, desvalida stirpe,  
inerte raza de esforzado anhelo,  
que supiste morir, alta la frente,  
la fe en el alma y en el labio el reto,  
como mueren altivos los leopardos  
de tus vírgenes bosques opulentos,  
y como muere el mar sobre tus playas,  
lanzando espumas á la faz del cielo!  
Tú, que mirando libres á las aves  
y contemplando libres á los vientos,  
aprendiste á querer la autonomía  
de tus llanos salvajes y tus cerros  
y á amar la libertad, siempre inviolada,  
de tu horizonte inmenso,  
no pudiste jamás, ante el oprobio,  
doblar sumiso el inflexible cuello,  
ni bajar con rubores la mejilla,  
ni llevar la vergüenza dentro el pecho!  
Por eso, cuando viste amenazada  
bajo el yugo fatal del extranjero  
tu más cara ilusión, tu alma, tu vida,  
tu libertad, brotaron en tu pecho  
rencores inauditos, y al combate

fuiсте llevando el odio justiciero,  
que rompe valladares, que extermina,  
que es estallido y luz, fuerza y derecho!  
Vengo á cantar tu gloria, ilustre raza,  
que humillaste á la suerte tu postrero  
ímpetu noble de implacable orgullo,  
y que fuiste á luchar con el aliento  
que señala epopeyas en la Historia  
y que hace redenciones en los pueblos!  
Vengo á cantar tu gloria, raza muerta,  
¡oh, sí! porque en tu frente, que á los cielos  
se pudo levantar con el radioso  
nimbo que deja el inefable beso  
del sacrificio, se escribió con sangre  
la sentencia maldita de los tiempos!

¡Vengo á cantar tu gloria, aunque no  
(existas!

¡Vengo á cantar tu gloria, aunque hayas  
(muerto,

y te vengo á traer como homenaje  
de razas nuevas y nacientes pueblos,  
una nota que arranco á tu sepulcro,  
una voz que he pedido á tu silencio  
para hacer resonar su temblorosa  
vibración por el mundo, como un eco  
que vaga entre las sombras del olvido,  
que flota entre las brumas del recuerdo!  
¡Vengo á cantar tu gloria, noble stirpe,  
que supiste morir mirando al cielo!

I.

Como el rayo veloz que de la altura  
rugiendo se desgaja

y llena de pavor el hondo valle  
y sacude en su seno las montañas,

una voz, un mensaje, una noticia,  
cruzó desde la playa  
en donde besa el mar la heroica tierra  
que dominaron los caciques mayas,

hasta el lejano centro de los bosques  
en donde levantara  
sus aduares la tribu más guerrera,  
la tribu valerosa, en que mandaba

el gran cacique de la frente altiva,  
de la ardiente mirada,  
el que adornó su tienda con los cráneos  
de cien guerreros de distintas razas!

Nachi-Cocom!... No vieron las llanuras  
mejor blandida lanza,  
ni escucharon su nombre sin recelos  
los señores de toda la comarca!

¡Nachi-Cocom!... El hijo de los dioses,  
de la sierpe sagrada,  
el divino *Batab*, que en los combates  
jamás al enemigo dió la espalda!

La noticia llegó. Los diez enviados  
de las islas lejanas,  
dijeron al cacique, en el misterio  
de una noche, la nueva no esperada:

“Señor, sobre las olas aparecen  
tres inmensas piraguas,  
y han pisado la arena de las costas  
hombres extraños de mejillas blancas!

Y es su cabello blondo como el astro  
que sale á la mañana,  
y llevan en su traje resplandores  
y el fuego de los cielos en sus armas!"

Así dijeron al cacique altivo  
de la indomable lanza,  
los enviados que rápidos vinieron  
de allá, de *Cuzamil*, la isla sagrada!...

Y cuando hirió el oído del cacique  
noticia tan extraña,  
se irguió solemnemente, alzó la diestra,  
miró á los cielos y empuñó su lanza!

¡Oh, cuán bello el cacique!... En la  
(sombria  
quietud de su mirada,  
relampagueó el furor, como fulgura  
en la noche rojiza llamarada!

Y erguido y silencioso, como el roble  
que reta á la borrasca,  
condensaba en su ser todo el instinto  
noble y siniestro de su heroica raza!

II.

Los viejos sacerdotes, los *Chilames*  
de la estirpe más alta,  
los que saben decir de lo futuro  
y predicen las cosas más lejanas,  
abrieron los sagrados *anahteés*  
de los grandes profetas de los mayas!

—  
"... Escucha, ¡oh, gran señor! dijo un  
(anciano

de vacilante planta;  
yo sé lo que se oculta en el misterio  
insondable y oscuro del mañana;

yo he bebido los filtros hechizados  
que de noche preparan  
los brujos de las selvas, y he sabido  
grandes cosas de todos ignoradas!

Muchos soles cayeron ya en mi frente  
oscura y arrugada,  
y miré muchos años que se fueron  
como las aves que volando pasan!...

Era muy niño aun, pero recuerdo  
lo que todos contaban...  
¡Hubo un gran sacerdote, un gran profeta  
que enseñó muchas cosas á los mayas!

Y dicen que el profeta—¡oh, gran ca-  
(cique!—  
predijo la llegada  
de aquellos extranjeros misteriosos  
de rubia cabellera y frente blanca;

y anunciaba también que eran los hijos  
de una tribu lejana,  
que habría de dominar en algún tiempo  
la tierra independiente de los mayas!...

Escúchame, señor: si los augurios  
no temes y en tu alma  
jamás el miedo entró, ¿por qué vacilas?  
¿en dónde está el honor de nuestra raza?

Y si el tremendo anuncio del profeta  
á su término avanza,

¿habrá de sucumbir, llena de oprobio,  
la nación orgullosa de los mayas?"

El cacique sintió que por su cuerpo  
pasó una llamarada  
que enardeció su espíritu, y entonces  
su voz potente resonó en la estancia:

“Si el viejo augurio del Chilam se cum-  
(ple,  
¡oh, dioses de mi raza!  
veréis la muerte de las tribus todas  
pero traerá la muerte la venganza!”

—  
Y era la tarde ya. Tras de los montes  
el astro se ocultaba,  
y su postrera luz vió por el rostro  
del cacique, rodar ardiente lágrima;

y aquel llanto, el primero de aquel  
(hombre,  
cayó en la tierra maya  
y ensangrentó la tierra... ¡cuántas veces  
sangre habrás de llorar, vencida raza!

III.

La catástrofe fué... La gran derrota  
las pirámides vieron  
de la grandiosa T-hó, do el estandarte  
de la Cruz y el León flotaba al viento!

En la armadura férrea del hispano  
se hincaron con denuedo  
los dientes y las uñas del salvaje  
que anhelaba morir, matando á un tiempo!

Hundieron en el polvo del combate  
su frente los guerreros,  
y la noche envolvió con sus negruras  
armas sangrientas y hacinados cuerpos!

Y una raza cayó, triste y vencida,  
mirando hacia los cielos...  
¡Sobre su frente se escribió con sangre  
la sentencia maldita de los Tiempos!

IV.

La catástrofe fué... Tendió la noche  
su manto de misterio;  
en los campos durmiéronse las flores  
y entre las frondas recostóse el viento.

¡Mirad! Bajo el ramaje, en la sombría  
quietud y en el silencio,  
hay algo que se agita y á su paso  
hace sonar las hojas.

Un guerrero.

de frente enrojecida y coronada  
de plumas, como el viento  
va, quebrando al pasar las ramas nuevas  
y hollando la hojarasca por el suelo.

Empuña vigoroso fuerte lanza  
y en su pintado cuerpo  
se ven manchas de sangre... ¿acaso vuelve  
del campo de combate aquel guerrero...?

¡Mirad! Vertiginoso ya es su paso...  
Los troncos corpulentos  
parece que se apartan porque pueda  
pasar altivo su marcial plumero!



¿A dónde va aquel hombre? ¿En la ba-  
(talla  
acaso sintió miedo?  
¿huye quizás buscando algún refugio  
para ocultarse sin temor ni riesgo?

¡Jamás! Porque es Cocom, es el cacique  
de voluntad de hierro,  
que va febril, buscando por los montes  
para su lanza sangre de extranjeros!

Jamás dobló su frente indomeñable  
en el combate recio,  
y se estrelló su flecha de obsidiana  
en las corazas de brillante acero.

Mas el desastre fué... ¡Bebió la sangre  
de los hispanos pechos  
en los cascos que en medio de la lucha  
bajo su maza de *jabín* cayeron;

pero al fin, cuando hirió desesperado  
al último extranjero  
que contempló ante sí, sintió en su alma  
sed inmensa de sangre, y fué corriendo

á través de los bosques adormidos  
en sepulcral silencio,  
creyendo ver en la indistinta sombra  
hojas de lanzas y brillantes petos!

V.

¿Cuánto tiempo vagó, vibrante el alma,  
el pujante guerrero?  
Muchas noches pasaron, muchos días,  
y él continuaba sin cesar corriendo

á través de los bosques inviolados,  
donde gimen los vientos,  
do jamás se imprimió la huella humana  
ni su hogar los salvajes encendieron!

Así siguió el cacique, vagabundo,  
sin ruta, sin sendero,  
empuñando su lanza en sangre tinta,  
y sueltos á los aires sus cabellos!

